

EL HOMBRE-PEZ DE LIERGANES

Por Luis Alberto de Cuenca

LITERATURA FANTÁSTICA

William Heath Robinson, Sultán y niño-pez (1912).

pueda comprarse con dinero. La moraleja de Benavente es todavía más indulgente que la de Twain. En uno y otro caso el amor triunfa sobre el dinero, y los amantes se ven recompensados por no tener que renunciar al vil metal. Pero en el cuento la disputa original prosigue sin que ninguno de los interlocutores pueda convencer al otro de que su punto de vista era el verdadero. En Benavente, no. El espectador queda convencido de que el amor es incorruptible y por ello no importa que los protagonistas también sean materialmente premiados.

Ya ha quedado dicho que Sazatornil resulta un Crispín convincente, sobrio, exacto en la precisión de su dicción tan clara que puede resultar mecánica. Sin duda, es lo mejor de la obra. Ya, el Leandro de Juan Carlos Naya es otra cosa. No es que desmerezca ni resulte deslucido, es que no alcanza el tono no emulable de su compañero de aventuras. Muy bien, casi todos los demás. Discutibles las pinceladas de actualización del diseño y vestuario. Se comprende que se ha pretendido suscitar una sensación de intemporalidad, pero hay cosas que no resultan asimilables por el sentido de coherencia del espectador. Así, la entrada de una *hostería* no es una fachada del *Palace*. Resulta difícil aceptar que un director de hotel responda al arrebato de palmas de un ocasional transeúnte. Son detalles que contribuyen a la desorientación ocasional pero que no afectan a la perfección del conjunto. Pérez Puig calcula, muy bien, los efectos retóricos y los cómicos. Enfatiza más, en los primeros actos, los rasgos literarios y, en los segundos, los humorísticos. El público responde bien, en general, y en particular, incluso acepta el excesivo manierismo de María Granell en el papel de Silvia. ■

BUSCANDO material para un artículo sobre literatura fantástica, me ha venido a la mente la imagen (con boina) del fallecido Barandiarán. Del cura vasco he pasado a Feijoo, el fraile gallego. Y el artículo se ha escrito solo.

Pese a que cada hora que transcurre estoy más convencido de que todo en el mundo es artificio, debo reconocer que hay algo de verdad en este cuento. Hace unos meses, una mañana muy temprano, me encontraba yo viendo dibujos animados por TV, cuando Julia me dijo que habían dicho por la radio que el inefable José Miguel de Barandiarán había muerto. Siempre creí que tipos como Barandiarán eran inmortales en el sentido estricto de la palabra, o sea, que no iban a morirse nunca, de modo que la noticia de su muerte me dejó estupefacto. ¿Qué hice después? Termine de ver el episodio de *Merrie Melodies* por la tele y desayuné vorazmente, como de costumbre. Luego hojeé un periódico que todavía no comunicaba el fallecimiento de don José Miguel. Mi próximo recuerdo es un sillón y un libro, y yo en medio. Era el autor del libro otro de mis inmortales favoritos, el orensano Fray Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro (1676-1764). Las obras de Feijoo son siempre una estupenda manera de ocupar el tiempo que separa el desayuno del aperitivo.

Fray Benito creyó que se podía erradicar la superstición desde una celda conventual. Era



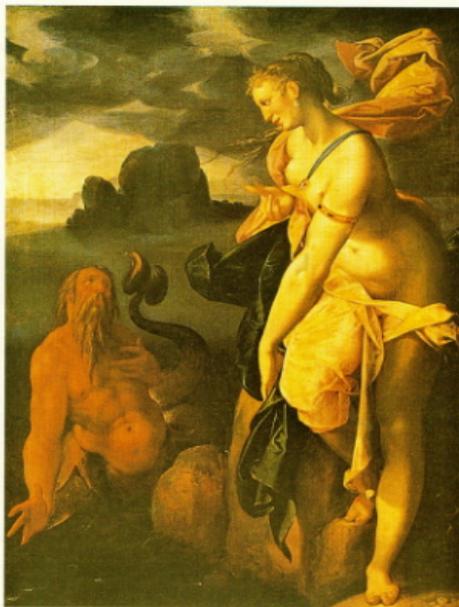
Luis Núñez Ladevéze es catedrático de la Universidad Complutense y periodista.

benedictino, como su coetáneo Dom Augustin Calmet, de quien tengo a la vista el interesantísimo *Tratado sobre los vampiros* (Mondadori, colección «La cabeza de Medusa») que Lorenzo Martín del Burgo acaba de trasladar al español. Con el pretexto de sanar los errores del vulgo, Feijoo nos ofrece en su *Teatro crítico universal* y en sus *Cartas eruditas* y *curiosas* una nutrida serie de textos fantásticos. (Cervantes, por su parte, imaginó el *Quijote* con el solo propósito de poner en ridículo a los libros de caballerías, y lo único que consiguió fue escribir la novela más hermosa del género.) Hay, por ejemplo, en el *Teatro crítico* un «Examen filosófico de un peregrino suceso de estos tiempos: el anfibio de Liérganes», que, además de un modelo de prosa castellana, es un auténtico disparate goyesco.

En Liérganes, un precioso lugar de Cantabria donde veraneaba el ínclito poeta José del Río Sáinz, vivían hace trescientos años largos Francisco de la Vega y María del Casar, su mujer. Resulta que, como suele suceder en estos casos, al cabeza de familia se le ocurrió morir, y entonces su viuda envió al segundo de sus hijos —llamado Francisco, como su padre— a Bilbao, a aprender el oficio de carpintero. En ese aprendizaje anduvo por dos años Francisco, hasta que en 1674, habiendo ido a bañarse la víspera de San Juan (fecha emblemática donde las haya) con otros mozos a la ría, vieron éstos que el de Liérganes se iba nadando ría abajo; lo esperaron en vano, pues no volvió. Creyendo que se había ahogado, se lo participaron a su madre, quien lloró por su hijo, dándole por perdido.

Moraleja

Pues bien, pasaron cinco años (como en la pieza de García Lorca), y, en 1679, el tal Francisco, totalmente cubierto de escamas, se puso a tiro de unos pescadores del mar de Cádiz, quienes, apercibiéndose de que aquello que había caído en sus redes tenía fi-



Bartholomaens Spranger, Glauco y Escila, (C. 1582).

gura de persona racional, lo subieron a bordo y lo condujeron a puerto. Era una especie de monstruo rarísimo de esos que pinta John Busecma enfrentándose a Conan el Bárbaro, y por mucho que lo intentaban no conseguían arrancarle palabra. Por fin, y cuando nadie lo esperaba, dijo tan sólo, con acento norteño muy marcado: «Liérganes.» Y como había un inquisidor gaditano llamado Fray Domingo de la Cantolla que procedía de aquel lugar, se descubrió paulatinamente el enredo. Francisco regresó a Cantabria con su madre, a la que no pareció alegrar en exceso la escamosa reparación de su retén. La criatura pareció habituarse a la vida pueblerina y fue perdiendo poco a poco su aspecto pisciforme, pero, al cabo de nueve años, desapareció para siempre. Un vecino de Liérganes afirmó haberlo visto tiempo después en un puerto de Asturias, aunque

Si no aguantas la vida, si cada minuto que pasa te conduce a una pantalla de videojuego cada vez más aterradora, móntate en la prosa de Benito Feijoo

esta noticia —dice Feijoo, siempre puntilloso— no ofrece demasiado crédito.

El ensayo completo incluye no sé cuantas disquisiciones de Feijoo acerca de la naturaleza del anfibio, pues al benedictino le preocupaba mucho si el bueno de Francisco debía ser considerado un hombre hecho y derecho o una fiera más o menos sofisticada. Si quieren pasar un buen rato, léanlo en las *Obras escogidas* de Feijoo publicadas en la «Biblioteca de Autores Españoles» de Rivadeneyra, volumen LVI, páginas 326-340. Es una auténtica delicia.

Y si quieren seguirle la pista al «fantástico» (que dicen los franceses) en la copiosa obra de Feijoo, deben leer, a guisa de ejemplo y entre otros muchos, los siguientes trabajos de nuestro autor: «Astrología judiciaria y almanaques», «Duenos y espíritus familiares», «Vara divinotaría y zahories», «Milagros supuestos», «Piedra filosofal» y «Cuevas de Salamanca y Toledo, y mágica de España» (en el *Teatro crítico universal*), y «Entierros prematuros», «De la transportación mágica del obispo de Jaén» y «El judío errante» (dentro de las *Cartas eruditas* y *curiosas*).

Toda historia tiene su moraleja. Y esta del hombre-pep de Liérganes, que tanto consiguió divertirme una fría mañana de diciembre de 1991, recién muerto Barandiarán, no podía ser una excepción. Si no aguantas la vida, si cada minuto que pasa te conduce a una pantalla de videojuego cada vez más aterradora, móntate en la prosa de Benito Feijoo. Presuntamente desterradora de la superstición reinante en la España dieciochesca, alberga textos que son joyas de la literatura fantástica, a lo que acaso contribuya su hipercrítico, aunque profundamente ingenuo, racionalismo. Atentar contra algo es, casi siempre, una sutil manera de prolongarlo. ■

Luis Alberto de Cuenca es profesor de investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, filólogo y poeta.